

nosotros trabajando con todo un esquema político que al mismo tiempo es toda una ideología, que está funcionando en base a unas ideas que vienen de Europa. Porque en la medida en que no sea un desarrollo de fondo, básico, estructural, no hay modo de ge-

nerar también una cultura de arraigo universal. Entonces no hay cultura. Pero esto no impide —y esto me parece que es la parte positiva— esto no impide la creación de una cultura propia.

LUIS OYARZUN: VIVAMOS CON UNIDAD ESTA EXPERIENCIA ECUMENICA

SR. MILLAS (Pres.). Tiene la palabra el señor Luis Oyarzún, de Chile.

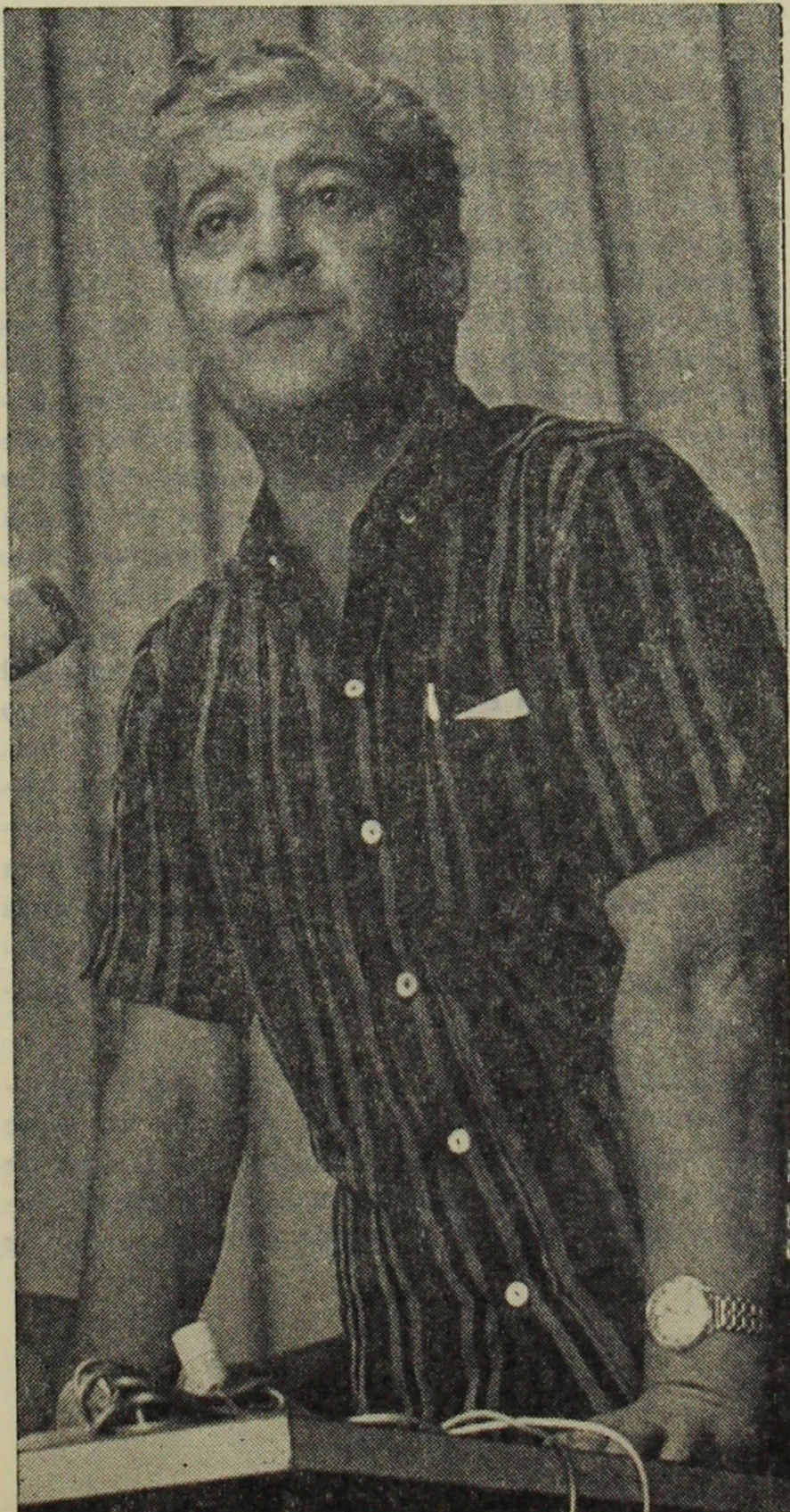
SR. OYARZÚN. En verdad, el tema más general de nuestras deliberaciones, el de la esencia y posibilidades de la cultura latinoamericana, padece de una considerable ambigüedad en sus definiciones iniciales. En efecto, no podemos hablar con mucha certeza, ni de lo latinoamericano, ni de lo de esencia de las culturas, sin indicar desde el comienzo una nota problemática. ¿En qué medida las culturas son esencias? ¿En qué medida las culturas pueden tener esencia? No llegan a tenerla sino cuando están acabadas, cuando las vemos desde el seno de otra época y de otra cultura. En tal sentido, podríamos hablar de la esencia de la cultura griega o de la esencia de la cultura medieval cristiana. ¿Podríamos hablar de la esencia de nuestra cultura latinoamericana, cuando ni siquiera podemos determinar con mucha claridad, los límites materiales de dicha cultura?

No somos, en verdad, una esencia de movimiento; somos una existencia que tiende a ser esencial. Acaso la vida histórica sea, en el más amplio de sus marcos, un esfuerzo de las existencias colectivas por llegar a esencializarse. Así como la vida humana, en su sentido individual, puede también estimarse desde un punto de vista muy amplio y muy alto, como la vida de una existencia que quiere hacerse esencia; es decir, como la vida de existencia que quiere definirse en lo intemporal.

La idea de esencia, aplicada a la cultura es un concepto límite; pero podríamos nosotros también refutarlos, si en el efecto queremos nosotros como latinoamericanos, esencializarnos en cuanto a tales; es decir, si queremos en verdad, realizar una cultura latinoamericana. Y la pregunta que, sin duda, habría sido contestada claramente en un sentido afirmativo hace cien años, no tiene hoy una respuesta tan fija, ni tan clara, porque estamos en un momento en el cual la internacionalidad, el ecumenismo a que tienden todas las culturas contemporáneas, hacen que acaso nuestra intención de esencializarnos como latinoamericanos,

sea como intención tardía y, por lo mismo, condenada a frustrarse. Diríamos, más bien, que queremos vivir dinámicamente, enriquecedoramente en nuestra existencia, sin pensar en nuestras posibilidades de esencia finales; porque nuestra esencia final, a esta altura de la historia de nuestra época, se inscribe presunta-

Luis Oyarzún, de Chile: "¿En qué medida las culturas son esencias?"



mente en un marco que no puede ser sino de universalidad.

En la medida que nosotros vivamos creadoramente nuestras existencias, nuestras creaciones, es decir, nuestra realidad histórica presente, en esa misma medida estaremos tendiendo —es claro— hacia una inscripción también creadora en el marco de lo universal. No podemos, a la altura de nuestro tiempo, vivir creadoramente nuestras existencias, sino intensificando nuestras comunicaciones. En este caso, la vida humana es, por esencia, el término que me parece más legítimo de comunicación; comunicación enriquecedora, integradora. Y nuestra comunicación es difícil, porque cada uno de nuestros países padece de un considerable aislamiento, empobrecen la realidad de nuestras existencias y nos alejan, entonces, de la posibilidad de una incorporación vital, propia, autónoma y auténtica, en el seno de la cultura universal que se está construyendo en nuestra época.

Solemos nosotros complacernos en visiones históricas de nuestros respectivos pasados —o pasados en general de América— para encontrar que en determinados momentos cruciales de la vida americana, los latinoamericanos se han sentido uno. Indicaba bien el profesor Ardao, en la ponencia inaugural, que hay claves, no sólo 1910, no sólo 1824; también 1864, 1868; es decir, instantes en los cuales los americanos se sienten unidos y se han sentido formando parte de un solo conjunto creador. Pues bien, esos instantes son reveladores de nuestra construcción histórica y labradores de esa tendencia; no hacia una integración, que es un término confuso, sino hacia una comunicación mayor. Si miramos también históricamente y si nos miramos en el presente histórico de hoy, advertimos que otra de las notas fundamentales de nuestra cultura, es un rasgo de inconclusión; las culturas son por esencia inconclusas, como que son criaturas vivientes. Pero nuestras culturas son más inconclusas y más heterogéneas que las otras. Diríamos que nuestra vida cotidiana, nuestra vida de todos los días, como entidad estructural y como seres humanos concretos, padece o goza de una nota de mayor inconclusión que las otras. Nuestras vidas nos parecen más inconclusas; nos parecen, en un sentido, más frustradas y en otro sentido, más jóvenes que otras vidas. Tal vez se deba esta nota de inconclusión, en gran parte, a que nuestras culturas y nuestras vidas que se complacen en el presente y que viven con un escaso sentimiento de prosperidad, suelen ser vidas sin proyectos.

Quizá sea por ello, que nuestra comunidad latinoamericana sea siempre "un vago proyecto sin carne y sin hueso". Parece que no vivimos sobre la base de rasgos comunes que hagan entonces de nuestros problemas, proyectos y, acaso lo que deseamos —uno de

estos síntomas de tal deseo es este mismo Congreso— sea transformar nuestros problemas —nuestras falacias, como decía Monteforte— en proyectos, es decir, en misiones hacia el futuro, que se encarnen realmente en el acerbo de nuestras vidas; pero entre estos proyectos, entre estos proyectos de vida por los cuales tendremos un futuro más común y una mayor comunicación que la que existe en el presente, no podrá nunca dejar de tener presente un proyecto de universalidad.

La idea misma de comunidad latinoamericana se constituye a comienzos del siglo XIX, o a fines del siglo XVIII en la mente de algunos próceres ilustrados; se constituye en función de la vocación universalista de América. Es decir, nunca los americanos que han pensado sobre nuestro destino como cultura, han dejado de integrar, con toda la variedad de nuestras particularidades, su visión de nosotros mismos como conjunto, como un manto universal. Dentro de esos pensadores característicos, de un cierto tipo especial de ilustración, de pensamiento ilustrado, válido para la América Latina, hay que citar a los pensadores exilados, especialmente jesuitas, expulsos en las últimas décadas del siglo XVIII. Fueron ellos, quizá, los primeros que pensaron en la unidad y en la realidad de un cuerpo latinoamericano. Los primeros que concibieron la posibilidad de una cultura latinoamericana y, al pensar en las posibilidades de esta cultura, se encontraron como nosotros, pero con más intensidad todavía que nosotros, dada la mayor precariedad de nuestra vida de entonces, donde no podíamos nosotros ser en verdad latinoamericanos. No podíamos tampoco ser universales, porque no podíamos entendernos en el vasto conjunto de la cultura europea y mundial de ese tiempo.

Recuérdese, además, que justamente es en el siglo XVIII y en esas mentes ilustradas, en donde se consolida la idea de universalidad propia de la cultura moderna, cuando aparece por primera vez la concepción del mundo, y la concepción de un conjunto de derechos fundamentales que son inherentes a toda persona humana. Es dentro de este marco de civilidad, que esos pensadores nuestros concibieron la idea de que debíamos independizarnos, debíamos liberarnos de las trabas que nos impedían ser nosotros mismos, que nos impedían sobre todo, ser nosotros mismos en lo universal. A veces olvidamos, cuando planteamos nuestros problemas actuales, ese pensamiento de universalidad, de unidad, de comunidad, de ecumenismo, que está presente en los orígenes y que está presente también hoy. Es un pensamiento tan intrigador como los otros fundamentales que marcan y distinguen a nuestros problemas.

Nosotros no estamos indisolublemente ligados a ninguna tradición; estamos indisolublemente ligados a

todas las tradiciones que sean profundamente humanas; es decir, estamos en la posibilidad de practicar y representar las distintas formas y matices del humanismo, sin ningún particularismo que pudiera hacer más difícil nuestra comunicación con otros pueblos. Podemos incorporarnos esencias, en la medida que nuestras esencias correspondan a las culturas ya hechas, pero podemos también participar en cualquier proyecto, y nuestro género creador se dará en función de que seamos lo suficientemente sensibles y vivos como para tomar, dentro de este vasto mar sin fin, aquello que nos ligue también a la corriente general de lo humano.

Siempre han sentido nuestros pensadores, que nuestra vida debía ser una vida revolucionaria; que nuestra vida era, en cierto modo, una vida revolucionaria, en donde siempre estábamos incorporándonos a instancias nuevas de nuestro existir, pero —como lo señalara bien Monteforte— esta existencia nacional o esta existencia cultural latinoamericana, estaba reservada en sus formas altas para minorías, minorías evidentemente exigüas en muchos países, para quienes la vida tenía un carácter vital y rico en cuanto pudiera tenerlo; pero sin la comunicación necesaria y con el sentido popular que la existencia de nuestros países tiene como subsuelo. Otro, en cambio, con la conciencia hacia una vida que no sea minoritaria en sus expresiones; con la conciencia de una vida más rica, nacional y universal. Es decir, hacia una existencia más rica, por lo menos dentro de esta defensa del humanismo, que es una de las características de nuestra vocación histórica, podemos vivir la realidad revolucionaria de nuestro tiempo. Tratando de planificar esa revolución, tratando de hacer más clara esa revolución y hacerla en el fondo, una revolución humana y no una revolución masificada o fanática.

Entiendo yo que la idea de integración es una idea ambigua y considerablemente obscura, como decía al comenzar, porque las culturas no tienden a comunicarse. Las economías pueden integrarse y es necesario, naturalmente, que se produzca una integración de

nuestras economías y que unos países produzcan unas cosas y otros, otras. Pero ¿qué sentido tiene esa idea para los procesos culturales? ¿Que unos países produzcan poetas y que los otros se especialicen en la producción de escultores? ¿Que Chile, por tener muchas tierras, se dedique a la agricultura y que la Argentina se dedique más bien a la poesía pastoril? No podríamos nosotros manejar con suficiente habilidad y eficacia la idea de integración, aplicando esta clase particular de productos que son los culturales y que son, sobre todo, dinamismos que se dan en obras, que se ven en actitudes y experiencias que, por no tener un carácter universal, sin repetirse nunca, se darán cien en las distintas regiones de la tierra y en los ámbitos distintos de la misma. Lo que sí necesitamos es una mayor comunicación, para que se enriquezca nuestra existencia concreta; necesitamos, por cierto, de una mayor comunicación entre nosotros y de una comunicación que será mayor en la medida en que seamos también más propios; en la medida en que cada uno sea más auténtico en el darse, en el verse, en el entregarse a esta comunicación. Eso no significa tampoco que se enriquezcan necesariamente nuestras existencias comunes, sólo con el hecho de comunicarse en principio. ¿Por qué habríamos de disminuirnos al evitar la comunicación con otras culturas, la comunicación con el pasado o con las posibilidades futuras de la humanidad considerada como un todo? o ¿por qué habríamos de lanzarnos en una actitud de hostilidad hacia Europa, hacia el Asia o hacia quien sea? El engrandecimiento de nuestra existencia completa, del cual depende también el porvenir de nuestra cultura latinoamericana como un todo, está ahora como verían los pensadores ilustrados a fines del siglo XVIII, en un marco en que, uniéndose la variedad con la unidad, predomina una visión universalista y ecuménica, y mientras una de nuestras notas particulares sea —como decía al comenzar— justamente la posibilidad que en nosotros se da más ampliamente que en otras orbes culturales, de vivir con unidad esta misión y experiencia ecuménica. (Aplausos).